

Amanda Labarca.

## MEDITACIONES BREVES

### JUSTICIA

—«¡No pido nada más que justicia!»—claman los que sufren castigos, humillaciones u ofensas innmerecidas. *¡Nada* más que justicia! Les parece ésta algo tan inherente a la naturaleza humana que como el aire en la corteza terrestre, así debería respirársela en la sociedad de los hombres.

Justicia, dicen los clásicos, es asignar a cada cual lo que le pertenece. En tratándose de bienes intangibles, es conferir estimación y honores de acuerdo con los méritos.

Alguien ha escrito que en cada uno de nosotros existen, por lo menos, tres seres bien distintos: el que somos en realidad, el que querríamos ser y el que perciben los demás. Desde el exterior, las gentes nos divisan, desde un ángulo perfectamente opuesto, sin duda, a aquel en que íntegramente nos colocamos para juzgarnos. Y entre lo que en verdad somos, y lo que ambicionaríamos ser, ¿quién es capaz de trazar el límite? ¡Nos tratamos todos con tanta indulgencia, sabemos excusar tan prolijamente nuestro íntimos defectos y cortos alcances!

¡Y cómo juzgamos a los demás...! Con escasísima referencia a sus méritos (que no nos cuidamos de averiguar) y sí en relación a la simpatía o animadversión

que nos inspiran instintivamente. Una gota de soberbia en nuestro criterio basta para que alabemos de talentosos a los que piensan como nosotros y para que tildemos de gentes de poca valía, si no de imbéciles, a los que nos contradicen o desestiman. ¡Empleáramos para considerarnos el mismísimo criterio que aplicamos a los demás, en qué poco nos tendríamos!

Incapaces de justipreciar, ¿cómo esperamos que el consenso ajeno sea equitativo? ¿Por qué? Justicia implica amor, virtud y sabiduría. Hacen bien los católicos al esperarla solamente de Dios. Quejarse de la injusticia de nuestros semejantes es en el fondo tan insensato como dolerse de que la humanidad no sea bella, sapientísima y libre de todo mal.

Miremos la verdad tanto como nos sea posible, con valor y sin arrogancia. Admitamos humildemente que participamos en la infinita variedad del mal y del bien, que dentro de nosotros, en amasijo fecundo, luchan todas las perversiones y todas las virtudes. ¡Así somos hombres! En esta actitud, troquemos nuestra ofrenda: te amo, a pesar de tus pequeñeces; te aprecio conociendo tus yerros; te siento mi hermano sabiéndote miserable como yo, y como yo caminante de una senda que quién sabe después de cuántos milenios, quién sabe si en esta forma humana o no, logre la soñada e imposible perfección, para la cual, quién sabe si el sacrificio de nuestras vidas ha debido ser necesario! No nos cuidemos de exigir justicia, ni bondad, ni ninguna virtud perfecta. Así la que recibamos tendrá un doble y dulce significado: el de un don que no merecemos.

---